

razón! Atrévete á negarlo... Yo he leído escrito de tu mano que creías esto... ¿Sí ó no? ¿Lo has escrito?

—Sí—respondió Olivier—, y me engañaba.—¡Ah! —continuó con acento desesperado—. ¡Es preciso que sea yo..., yo quien la defienda ante ti! Pero si no creyera que te ama, ¿no sería el primero en decirte ahora: «¡Es una infame!» ¡Sí! Yo he creído que te había atraído para vengarse, lo he pensado desde el día de mi llegada, cuando nos paseábamos en el bosque de pino, y tú la nombrabas. ¡Vi que la amabas, y he sufrido tanto!...

—¿De modo que lo confiesas?—exclamó Pedro.

Se levantó, y cogiendo á su amigo por los hombros, comenzó á sacudirle con furor, repitiendo:

—¿Lo confiesas? ¿Lo confiesas? ¿Has adivinado que yo la amaba, y nada me has dicho? ¿Has permanecido toda una semana mirando cómo daba todo mi corazón, todo lo más noble de mi sér, á tu antigua querida, y has callado? Y si no hubiera sabido cuanto pasaba por tu mujer, me hubieras dejado hundirme más un día y otro día en esta pasión por un sér á quien tú despreciabas. No es ahora cuando era preciso que me dijeras: «¡Es una infame!», sino en el primer instante..., en seguida.

—Pero, ¿podía hacerlo?—respondió Olivier—. El honor me lo prohibía. Lo sabes.

—¡Y no te prohibía el honor escribirla cuando supiste que la amaba, pedirle una cita, ir á su casa cuando yo no estaba en ella!

Y lanzando á Olivier una mirada en la que el otro vió brillar un relámpago de odio, añadió:

—¡Ya veo claro! ¡Los dos habéis jugado conmigo!

Tú has querido aprovecharte de lo que habías descubierto para unirte á ella de nuevo... ¡Oh... Judas! ¡También me has engañado! ¡Traidor!... ¡Traidor! ¡Traidor!

Y lanzando un grito de bestia herida, dejóse caer sobre el sillón y estalló en sollozos entre los que repetía:

—¡La amistad, el amor!... ¡Todo ha muerto! ¡Todo lo he perdido! ¡Todo me ha engañado...! ¡Ah...! ¡Qué desventurado soy!

Bajo el violento apóstrofe, Du Prat había retrocedido palideciendo. El dolor que el insulto de su amigo le producía era muy hondo, pero sin mezcla de cólera ni de amor propio. La horrible injusticia de un sér tan bueno, tan delicado, tan tierno, no hacía más que aumentar su lástima. Al mismo tiempo, el sentimiento de lo que había de irremediable para su mutuo afecto si la conversación terminaba así, volvióle un poco de la sangre fría que el otro había perdido por completo, y con voz grave y emocionada le respondió:

—¡Sí, muy desventurado es preciso que te sientas para hablarme así, á mí, á tu compañero de siempre, á tu amigo, á tu hermano! ¿Yo un Judas? ¿Yo un traidor? ¡Mirame la cara! Me has insultado, amenazado, golpeado casi, y ya lo ves: no siento por ti más que esta amistad tan completa, tan tierna, tan viva como ayer, como hace diez, veinte años! ¿Haber yo jugado contigo? ¿Haberte engañado? No... No lo puedes creer. No lo crees. ¡Nuestra amistad!... ¡Sabes que no ha muerto, que no puede morir! ¡Y todo esto—y su acento se hizo duro y amargo—por causa de una

mujer!... ¡Una mujer se ha atravesado entre nosotros, y todo lo olvidas y reniegas de todo!... Yo te lo suplico, Pedro, vuelve en ti; dime que has hablado á impulso de la pasión; que no has cesado de quererme ni de creer que yo te quiero. Te lo pido en nombre de nuestra infancia, de aquellas horas inocentes en las que nos unimos deplorando no ser hermanos! ¿Tienes un recuerdo de aquel tiempo, uno solo, al que no esté yo mezclado? ¡Borrarte yo de mi vida fuera lo mismo que destruir de un golpe todo mi pasado, del que estoy orgulloso, al que vuelvo la vista cada vez que me veo anegado por las miserias del presente! ¡Vuelve en ti; te lo pido en nombre de nuestra juventud; en nombre de lo que ésta tiene de más hermoso, de más grande, de más puro!... El setenta, al siguiente día de Sedán, cuando quisiste alistarte, corríste á mi casa ¿te acuerdas? y me encontraste en el camino... ¡Yo iba á la tuya! . . . ¿Y recuerdas el abrazo que nos dimos? ¡Ah! ¡Si alguien nos hubiera entonces dicho que llegaría un día en que me llamarías traidor y Judas á mí, al lado de quien tú querías morir, con qué confianza hubiéramos respondido: «¡Es imposible!» Y ¿te acuerdas de aquella noche, sobre la nieve, en el bosque de Chagey, cuando supimos que todo estaba perdido, que el ejército pasaba por Suiza y que al día siguiente sería preciso entregar las armas? ¿Y de nuestro juramento sagrado, el de que, si era preciso batirse aún, estaríamos siempre juntos... en la misma línea? Si alguna vez llega esta hora, ¿qué harás sin mí? ¡Ah! Me miras, me comprendes... Abracémonos, querido Pedro, como el tres de Septiembre... Hace más de diez años y parece que fué

ayer... Todo puede faltarnos en la vida, pero no nuestra amistad... Lo demás es la pasión, los sentidos, el delirio... ¡Lo otro es nuestro corazón!

Mientras Olivier hablaba, la actitud de Pedro había ido cambiando. Cesaron sus sollozos, y en sus ojos, aún llenos de lágrimas, brilló una luz. ¡La voz de su amigo era tan suplicante, las imágenes evocadas por aquella palabra fraternal recordaban al infortunado tantas sublimes emociones, tal comunidad de ideas y sentimientos! Después de la sacudida del dolor, el llamamiento de su antiguo compañero de armas despertaba en él la energía del hombre.

Se levantó; pareció como que dudaba, y arrojóse al fin en los brazos de Olivier; y se estrecharon con ese arranque que seca las lágrimas y detiene los desfallecimientos de la voluntad, renovando en el corazón la fuerza de las decisiones generosas. Después, breve y sencillamente dijo:

—Te pido perdón, Olivier. Vales más que yo...; pero, ¡el golpe ha sido tan rudo, tan súbito! ¡Sentía por esa mujer una fe tan entera, tan absoluta, tan profunda!... Lo he sabido todo en cinco minutos, y no había adivinado nada... ¡Nada sospechaba!... ¡Las dos líneas trazadas por tu mano después de lo que acababa de decirme tu mujer y después de tus confidencias!... ¡Es el barco en medio de la mar, en la noche, partido en dos por otro que le echa á pique!... En tales momentos se vuelve uno loco... En fin, dejemos esto. Tienes razón. Es necesario que de este naufragio se salve nuestra amistad.

Pasóse las manos por los ojos como si quisiera ale-

jar otra imagen que comenzaba de nuevo á causarle mal, y continuó:

—Escucha, Olivier. Aun vas á encontrarme débil, pero es preciso que me digas la verdad. ¿No habías vuelto á ver á la señora de Carlsberg desde Roma?

—No la había vuelto á ver—dijo Olivier.

—La has escrito esta mañana..., no la carta cuyo principio he visto, sino otra... ¿Qué la pedías?

—Que me recibiera.

—Y ¿te ha respondido?

—No ella. Ha hecho decir que me esperaba.

—¿Por qué la pedías esa cita? ¿Qué habéis hablado?

—La he dicho lo que entonces yo creía verdad. Estaba indignado ante la idea de que había querido vengarse de mí, y tenía necesidad de decírselo, de averiguarlo. Me ha respondido..., me ha probado que te amaba... No me preguntes más de esto—añadió.

Pedro le miró. La fiebre de semejante interrogatorio le quemaba de nuevo el corazón.

Tuvo una pregunta en los labios; iba á añadir: «¿La has hablado de vuestro pasado, de vuestro amor?»; pero su natural nobleza venció lo bajo de una tan degradante inquisición. Se calló y comenzó á pasear por el cuarto, presa de un combate que su amigo seguía con angustia mortal. Las preguntas que había hecho acababan de poner ante él la imagen de Ely, reanimando los sentimientos arrojados hacía un instante por el viril y doloroso llamamiento de Olivier. El amor que despreciaba, duro, cruel, pero amor al fin, luchaba contra la amistad en su agitado corazón. Repentinamente el joven se detuvo; golpeó el suelo

con el pie, al mismo tiempo que con el puño crispado batía el aire. Arrojó un ¡ah! de rebelión, de disgusto, y clavando en Olivier los ojos, le dijo:

—Olivier, dame tu palabra de honor que no volverás á ver á esa mujer, que no la recibirás si va á tu casa, que no la contestarás si te escribe, que jamás pedirás noticias tuyas, pase lo que pase, jamás, jamás...

—Te doy mi palabra de honor de que así lo haré—respondió Olivier.

—Pues bien; yo—exclamó Hautefeuille lanzando un profundo suspiro, en el que la desesperación y el alivio se mezclaban—te doy mi palabra de honor de que haré lo mismo, que no la veré jamás, que no la escribiré jamás. Ahora, en mi corazón no hay sitio para ti y para ella... La arrojo á ella... ¡Quedas tú solo!

—Gracias—dijo Olivier, estrechando la mano de su amigo.

Una inexplicable emoción le invadía, mezcla de alegría, de reconocimiento y de espanto: alegría, por su amistad salvada; reconocimiento, por la delicadeza con que Pedro le evitaba la tortura de los celos; espanto, ante el salvaje dolor impreso en el rostro de su amigo durante el voto de su sacrificio. Hautefeuille, como deseoso de huir de aquella estancia, testigo mudo de la terrible escena, había abierto la puerta.

—Berta está mala—dijo—. Debes ir á su lado. Es preciso que recobre pronto la salud para que podamos marchar... Mejor mañana que pasado. Yo te acompaño... En el salón te espero.

Apenas habían salido al pasillo, vieron que un criado de la fonda se dirigía á ellos. Llevaba una car-

ta sobre una bandeja. Presentósele á Pedro, diciendo:

—Abajo esperan la contestación, señor.

Pedro tomó la carta, miró la letra, y en vez de abrir el sobre se la tendió á Olivier. Este reconoció la letra de Ely. Devolvió la carta á Pedro, y le preguntó:

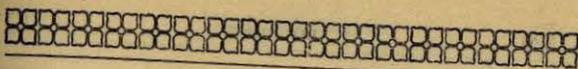
—¿Qué piensas hacer?

—Lo que te he prometido—respondió Pedro.

Y volviendo á su habitación, metió la carta cerrada en otro sobre. Escribió él mismo la dirección de la señora de Carlsberg y el nombre de la quinta. Después volvió al pasillo y dijo al criado:

—He aquí la respuesta.

Y cuando tomó el brazo de Olivier, pudo notar que éste temblaba más que él mismo.



XI

ENTRE DOS DRAMAS

Sin inquietud ninguna esperaba Ely la respuesta á la carta que había escrito á Pedro. Escribióla tan pronto como se marchó Olivier, por el instinto, la necesidad irresistible de confortar su espíritu con aquella ternura tan sencilla y profunda, después de la cruel escena que tanto la había mortificado. Ni por un momento hizo á Olivier la injuria de sospechar que, arrastrado por la furia de su odioso amor, se vengase destruyendo la imagen que Pedro se formaba de ella, imagen tan distinta de su pasado pero tan llena de verdad al presente. En la carta que dirigió á Pedro nada le decía que no fuera repetición de lo dicho tantas veces: que le amaba, y le amaba con todo el fuego de su corazón. Tenía la seguridad de que él la contestaría con frases de amor, con lo que sentiría una dicha nueva, aunque se sabía de memoria aquellas dulcísimas expresiones. Cuando tuvo entre las manos el sobre en el que Pedro había escrito el nombre de ella, le pesó en su mano con infantil contento, pensando que la enviaba una extensa carta. ¡Qué bueno es! se dijo. Desgarró el sobre con